
UN MELÓN SIN ABRIR



Que me caiga ahora mismo muerto si os miento.

Esta frase no es de mi propiedad, se la he copiado a mi vecino Bernabé, el marido de la Luisa, la dueña de la Boni, esa perrilla de ojos de huevo cocido que vive en el piso de debajo de los García Moreno, familia de la cual yo, Manolito, soy el actual primogénito. Ya sé que es una vergüenza comenzar un libro con una frase que es propiedad de otro pero yo también llevo muchos años soportando que otros seres humanos me roben frases que yo me inventé y las pronuncien como si fueran suyas. Cada vez que escucho por la calle, en la tele o por la radio eso de «el mundo mundial» me dan ganas de decir: «Eh, oiga usted, gracioso, ¿es que no sabe que eso me lo inventé yo?»

Mi abuelo Nicolás dice que no me haga mala sangre, que al fin y al cabo eso es una prueba forense de que mis palabras han tenido una gran influencia en la historia de la humanidad terrenal. Y de qué me sirven a mí las pruebas forenses... ¿Me dan dinero? No. ¿Me dan fama planetaria? Para nada, todo el mundo (mundial) ha olvidado quién fue el inventor de una frase tan crucial.

Me acuerdo de que un día, en el bar El Tropezón, que es el bar donde mi abuelo se echa la siesta de antes de comer, un hombre de esos que tienen la nariz roja desde por la mañana dijo: «Nuestra selección (se refería a La Roja) es ahora mismo la mejor del mundo mundial.» No me pude contener y le dije: «¡Oiga, oiga, mucho cuidadito con lo que dice!», y entonces toda la fila de hombres que estaban acodados a la barra me miraron superalunísono con una mirada bastante asesina y sus narices se encendieron hasta ponerse de un rojo incandescente. Ellos pensaban que me estaba metiendo con La Roja y eso es algo que en Carabanchel (Alto) puede costarte la vida. Le intenté explicar todo desde el principio de los tiempos: que el «mundo mundial» era una expresión que había salido de mi materia gris y que lo podía comprobar leyendo un libro que una escritora había escrito con lo que yo le contaba. Pero una vez que el tío supo que no tenía que asesinarme porque yo estaba también con La Roja perdió interés en mí y en mi expresión.

Pero para demostrar que yo soy un tío legal, he empezado este libro confesando que esa frase, «que me caiga muerto si os miento», es de mi vecino Bernabé, representante de aceitunas y pepinillos en vinagre y experto, como dice mi

abuelo, en frases lapidarias. Bernabé dice esa frase unas diez veces al día. Eso que le hayamos contado mi hermano y yo cuando está en nuestra presencia, porque igual en su casa la sigue diciendo. El Imbécil y yo nos lo imaginamos en la cama con la Luisa y mi vecino Bernabé diciéndole con pasión: «Te quiero, que me caiga ahora mismo muerto si te miento». Es increíble cómo aprovecha la más mínima ocasión para soltarla. Dice, por ejemplo: «Me ha costado una hora y cinco minutos venir desde el polígono Cobo Calleja hasta Carabanchel», y luego añade: «Que me caiga muerto si os miento.» O, por poner otro ejemplo: «Desde el aparcamiento hasta el portal hoy habré contado cinco carteles de Se Traspasa», y como al pobre nadie le hace mucho caso, intenta llamar nuestra atención con su frase lapidaria, «que me caiga muerto si os miento». Podría mentir y caerse muerto y tardaríamos un rato en darnos cuenta.

La verdad es que nadie se acuerda nunca muy bien de las cosas que ha dicho Bernabé pero sí de sus famosas expresiones: que me caiga muerto si os miento; se me han puesto los vellos como escarpías; lo barato sale caro o los niños son como esponjas. También dice mucho «como yo digo», aunque esté diciendo una cosa que han dicho ya todos los habitantes de Carabanchel (Alto). Esto podría parecer triste pero no lo es. El Imbécil y yo, que como diría Bernabé somos como esponjas, nos partimos la caja imitándolo y somos fans de sus frases históricas.

Por eso, he elegido la más lapidaria de todas sus frases, «que me caiga muerto aquí mismo si estoy mintiendo», para explicar una cosa crucial: Yihad, el chulo de mi barrio, va

diciendo por ahí que durante todo este tiempo de silencio en que no se han publicado libros sobre mi vida mi madre no ha parado de llamar a la escritora (la que firma las frases que yo invento) para pedirle que, por favor, escribiera otro, que la gente se iba a olvidar de nosotros.

¡Falso!

Mentira bastante podrida. La verdad verdadera y que me caiga ahora mismo muerto si os miento es que mi madre tenía miedo de que yo, al desarrollar, acabara echado a perder, como le pasó a Macaulay Culkin y a tantos otros. Y encima, decía mi madre, sin que los García Moreno se llevaran una pasta para compensar el disgusto de un hijo echado a perder. «Al menos, los Culkin se llevaron lo suyo», dice mi madre. Ella, como diría Bernabé, siempre barre para casa. Pero es que además, al parecer, la escritora de mis libros se tuvo que ir de repente de España. Digo de repente porque no tuvo el detalle de llamar para despedirse. Y nos tuvimos que enterar por un periódico gratuito que tiene el señor Ezequiel en El Tropezón que se había ido a Nueva York, la ciudad que nunca duerme. Y no es que comenzáramos una labor de espionaje ni nada por el estilo.

¡Falso!

Es que mi madre, que no es por presumir pero en la CIA se la rifarían, se enteró de su dirección en la ciudad de los rascacielos y le mandó una postal de Carabanchel (Alto). Mi abuelo Nicolás dijo: «Pero, Cata, de toda la vida lo normal ha sido que la postal la mande la que se va, no la que se queda.» Mi madre le miró con esos ojos suyos de mujer fulminadora, y ahí se acabó el debate.

No, no es verdad que mi madre estuviera detrás de la escritora, pero sí que es verdad que por educación (como ella dice) le ha estado mandando postales de Carabanchel (Alto) durante todo este tiempo. Eran siempre dos postales, porque que yo sepa sólo hay dos postales de mi barrio: una, de la ex cárcel, y otra de la ex plaza de toros. Ahí se acabó el rollo turístico.

A mi madre no le gusta que la gente se vaya sin despedirse, y además está harta de que si vamos al centro, la gente, al reconocermé, le pregunte a ella que qué tal lleva el embarazo, cuando ya va para tres años que nació Chirli, o la Chirli, como la llamamos nosotros cuando no está mi madre, que nos ha prohibido llamarla con el «la» delante porque dice que queda superpaleta. A mí no me parece que una escritora responsable acabe un libro contando que la madre del protagonista está embarazada y luego se vaya a vivir a la ciudad que nunca duerme como si la historia no fuera con ella.

El caso es que la Chirli (perdón, Chirli) nació, completamente calva, hace ya tres años, y se ha hecho la protagonista de nuestras vidas, porque así lo han decidido mi madre, mi padre, la Luisa, Bernabé, algunos vecinos de mi torre, Ezequiel (el dueño del Tropezón), la tribu de los Narices Rojas, el Orejones (mi gran amigo y cerdo a la vez) y hasta el chulo de Yihad, que siempre está diciendo que no entiende cómo una niña tan maravillosa puede haber nacido en la misma familia que yo. Hay gente que piensa, aunque no nos lo diga a la cara por educación, que nos dieron el cambiazo en el nido, y que hay ahora mismo una García

Moreno viviendo como una marajá en una gran mansión del barrio de Salamanca, por ejemplo. Una García Moreno taponcete, de pelo tieso y cabezona, como yo, que va todos los días a un colegio de niñas pedorrillas de la mano de una criada vestida de criada. A veces he pensado que en un futuro, cuando yo tenga, por ejemplo, treinta años, pondré el telediario y allí estará una ministra, como yo pero en mujer, contestando a una entrevista y sabré que es mi hermana biológica, eso se tiene que notar por pequeñas cosas, porque entre pregunta y pregunta se arrancará los pelos de una ceja, por ejemplo, que es un tic que yo tengo y que tiene también mi padre.

Al principio, cuando la Chirli nació, nadie se dio cuenta del cambio, porque ya digo, la Chirli nació calva como Bernabé, pero sin peluquín. Fue como dos años más tarde, de la noche a la mañana, cuando esa niña calva se levantó a desayunar y le habían crecido unos rizos rubios que ni los mejores peluqueros de Carabanchel han podido controlar. Cómo es posible que se acostara calva y se levantara con rizos es algo que deberían estudiar científicos de todo el mundo, pero están demasiado ocupados con la malaria, el sida o la gripe como para dedicarse a este tipo de fenómenos bastante paranormales. Aquella mañana, parece que lo estoy viendo, a mi abuelo se le cayó la cuchara llena de soperío (galletas y leche) de la mano y dijo:

—Dios mío, es Chirli Temple rediviva.

Nosotros no sabíamos quién era Chirli Temple, pero el Imbécil, que con sólo siete años se había convertido ya en un experto informático, la buscó en Internet y todos vimos las

fotos de una niña antigua, te hablo de cuando el pasado era todavía en blanco y negro. La verdad, era idéntica a mi hermanita. Y aunque la bautizaron con el nombre de mi madre, Catalina, y mis padres querían que la llamáramos Cati y la Luisa le hizo una sábana en la que se lee «Katy», ya nadie la llama por su verdadero nombre y en todo Carabanchel es conocida como la Chirli, una niña bastante prodigiosa.

Lo que al Imbécil le gustaría es que vinieran, cuanto antes mejor, unos médicos de Silicon Valley, le hicieran a nuestra Chirli una prueba del ADN y al día siguiente apareciera en todos los rotativos del mundo internacional que en Carabanchel vive la verdadera nieta de aquella niña estrella del séptimo arte. El Imbécil está desesperado porque nos la quitamos de encima. Y yo le sigo un poco el rollo por solidaridad, porque sé lo que se sufre cuando viene un hermano más guapo a quitarte el protagonismo. He pasado por ello. Pero que me caiga aquí mismo muerto si no te confieso que a mí me daría pena que Chirli desapareciera de nuestras vidas, aunque sea una pesadilla vivir con una niña prodigio que canta y baila en cuanto tiene público. Para la Chirli, el público puede ser una sola persona sentada en el sofá. Fue salirle los rizos y ese mismo día histórico rompió a andar, bailar y cantar, todo al mismo tiempo, y a partir de esa misma fecha el Imbécil y yo evitamos sentarnos en el sofá, con lo que nos gustaba, porque si te sientas, tienes que mirarla y luego aplaudir. Si no, se tira al suelo y llora y mi madre nos regaña y dice que tenemos muy mala sombra.

Y no es que el Imbécil haya dejado de ser un tío guapo,

pero ahora es solamente «un secundario de lujo», como dicen en la tele cuando hablan de un actor que nunca fue el protagonista y que se ha muerto. Pues eso. El Imbécil se ha convertido en un secundario de lujo, y yo... Yo me veo más como «un actor de carácter», que es lo que dicen cuando el que se ha muerto era feo pero un tío interesante.

Todo el mundo piensa que el Imbécil nos sacará de pobres y será el nuevo Steve Jobs, porque con sólo siete años puso en marcha el ordenador viejo que nos regaló la Luisa. Ha instalado su oficina de Silicon Valley detrás del mueble-bar y allí es donde tienes que ir a buscarle si no le encuentras. Es una forma de hablar, porque en mi casa es imposible perderse. También se da por hecho que la Chirli será famosa en la música internacional porque los escenarios españoles se le quedarán pequeños. Pero a nadie se le ocurre qué decir cuando se habla de mi futuro. La Luisa dice: «Bueno, tampoco todo el mundo tiene que ser famoso.» Bernabé dice: «Hay valores en las personas mucho más importantes que el de tener dinero.» Y se hace un silencio porque en mi casa actualmente nadie sabe cuáles son esos valores.

Es entonces cuando el Imbécil sale de su Silicon Valley de detrás del mueble-bar y dice: «Manolito estará siempre conmigo.» Y también es entonces cuando la Chirli, que está interpretando Alejandro de Lady Gaga encima de la mesa, se viene como una posesa hacia mí, me agarra del otro brazo, y grita: «¡Manolito mío!» La verdad, lo de tener madera de líder es un misterio, porque aparte de ese don nadie parece que me vea otras cualidades. Yo a veces pienso que teniendo madera de líder igual sirvo para político, pero si tú oyeras



lo que dicen mis padres y mi abuelo de los políticos cuando salen en la tele se te quitarían las ganas.

El caso es que la Chirli y el Imbécil empiezan empujándose por estar a mi lado y, luego, si les dejas, siguen con pellizcos y mordiscos, porque la Chirli es una niña que muerde y mi madre está esperando a que vaya a la guardería para que las señoritas la quiten esa costumbre tan fea. Yo acabo en medio de los dos, recibiendo, y escuchando a mi madre que dice: «Manolito, cómo te gusta provocar a tus hermanos, hay que ver qué poco conocimiento tienes para ser tan mayor.» Y me tengo que quedar hasta que consigo tranquilizarlos, cada uno agarrado a una parte de mi cuerpo como si fuera suya. Ser líder en tu propia casa es algo que te da mucho estrés y yo vivo con mucha tensión porque tengo que poner paz en una guerra que siempre está a punto de estallar. Ya no tengo (casi) celos, como antes tenía del Imbécil, no sé si te acuerdas, porque en la actualidad me paso el día separando a dos seres que se odian bastante.

No sé qué seré en un futuro, pero me puedo imaginar que me pasaré la vida yendo de Silicon Valley a Hollywood. Menos mal que me han dicho que no pillan lejos. Pasaré una semana con cada uno, como hace mi amigo el Orejones con sus padres, que tienen la custodia compartida.

Pero «que me caiga ahora mismo muerto» si sé cuál es la razón por la que la escritora, después de tanto tiempo, volvió a Carabanchel Alto para sonsacarme información y escribir un nuevo libro. ¿Tal vez necesitaba dinero fresco? ¿Tal vez

añoraba los viejos tiempos? Nadie ha podido descifrar este misterio. Mi madre al principio se puso muy dura con ella. Le dijo que yo había vivido traumatizado todos estos años. Exageró un poco, la verdad. Y la tía se defendió diciendo que si había dejado de escribirlos era porque estaba harta de la repercusión y que había directores de colegio y profesores que decían que yo no era un niño pedagógico y también contó que había unos países en los que les parecía que había que prohibir un libro con una madre que diera collejas y otros países en los que les parecía supermal que el Imbécil y yo le diéramos a la Boni de comulgar chocolate porque decían que maltratábamos a una perra anciana. Y que eso eran sólo dos ejemplos al buen tuntún pero que podía escribir un libro con todas las cosas horribles que le había dicho la gente de mi comportamiento.

La escritora terminó diciendo que nosotros no sabíamos lo que ella había pasado con estos libros. Mi madre se quedó pálida como una puerta, porque no podía imaginarse que sus collejas fueran famosas más allá de nuestras fronteras, y yo me quedé más pálido todavía, porque yo siempre había pensado que si le daba un trocillo de chocolate a la Boni (quitándomelo de mi propia alimentación) estaba haciendo el bien. Pues no, era un maltratador en toda regla. Como mi madre.

Casi tuvimos que pedirle perdón. Y mi madre, que estaba tan chulita antes de nuestra conversación en El Tropezón y le había dicho a mi abuelo que esta vez no pensaba hacer el tonto y que iba a exigirle que me costeara una formación de élite, tuvo que recular y se conformó con que le

prometiera que si la cosa iba bien, sólo si la cosa iba bien, nos compraría al Imbécil y a mí un ordenador nuevo, que es algo muy necesario para convertirse en alguien en nuestros días. Y dijo una frase tan lapidaria que parecía de Bernabé, dijo que a los niños era mejor enseñarles a pescar que darles el pescado.

Te diré que para mí es un alivio que no me quiera costear una formación de élite porque eso significaría salir de Carabanchel Alto y todavía no estoy preparado.

Después de darnos mucha pena por lo mal que lo había pasado por nosotros se fue. Pero volvió unos cuantos días y el Imbécil le tuvo que arreglar la grabadora porque es una torpe con las tecnologías. No lo digo yo, lo dijo ella misma.

Advertencia: en este libro no hay ni un solo pedo, para que nadie se moleste. ¡Miento! Hay dos de Chirli. Búscalos.

No sé porque me hace tanta ilusión el ordenador si se lo acabará apropiando el Imbécil, que es el superdotado. Yo, todavía, como dice mi vecino Bernabé y como podrás ver en las próximas páginas, soy un melón sin abrir.